Regla Manjón

EL TEATRO

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL
GLADIADOR DE RAVENA

IMITACION DE LAS ÚLTIMAS ESCENAS
DE LA TRAGEDIA ALEMANA DE FEDERICO HALM (MUNCH DE BELLINGHAUSSEN)

POR

JOSÉ ECHEGARAY



MADRID
ALONSO GULLON, EDITOR
CALLE DEL PEZ, NÚM. 40, 2.º

1877

EL GLADIADOR DE RAVENA.

EL

GLADIADOR DE RAVENA

IMITACION DE LAS ÚLTIMAS ESCENAS
DE LA TRAGEDIA ALEMANA DE FEDERICO HALM (MUNCH DE BELLINGHAUSSEN)

POR

JOSÉ ECHEGARAY

MADRID
IMPRENTA DE T. FORTANET
29 — CALLE DE LA LIBERTAD — 29

1877

A LA EMINENTE TRÁGICA

DOÑA CAROLINA CIVILI

Dedica esta obra en prueba de admiracion

El Autor.

ADVERTENCIA.

Esta obra fué escrita *en tres dias*, expresamente para la Sra. Civili: sirva dicha circunstancia de excusa á sus muchos defectos y á su corta extension, impropia de una tragedia.

El pensamiento y los caractéres están tomados de la de Federico Halm: lo demás, bueno ó malo, me pertenece. Sin embargo, debo consignar, y consigno gustoso, que tambien he utilizado algo de las admirables lecciones que años há explicó en el Ateneo de Madrid, sobre *los primeros siglos del Cristianismo*, el que es gloria viva del nuestro: D. Emilio Castelar.

¡En aquellos incomparables cuadros hay tantas y tantas tragedias en gérmen!

E.

REPARTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
THUSNELDA....................	SEÑORA CIVILI.
THUMÉLICO....................	SEÑOR CASAÑÉ.
GLABRION....................	» MONTENEGRO.
GERVINO....................	» PASTRANA.
FLAVIO....................	» COELLO.
CALÍGULA....................	» PALAU.
UN ESCLAVO....................	» ARANA.

Senadores. — Patricios. — Caballeros. — Guardia pretoriana. — Plebe. — Esclavos.

ACTO ÚNICO.

La escena representa el pórtico de Marco Antonio en Roma: puertas laterales, nichos con estátuas, etc. El intercolumnio del centro cerrado por una gran cortina: al descorrerla se ven los jardines. A la derecha un lecho: cerca de él un trofeo compuesto de un casco con alas á los costados, un broquel redondo, una enorme piel de oso y una espada romana corta y ancha. A la izquierda un banco.

ESCENA PRIMERA.

THUSNELDA.—GERVINO.

(Thusnelda aparece sentada en el banco y apoyando con desesperacion la cabeza en las manos: á su lado y en pié Gervino.)

GERVINO. ¿Y todo inútil fué?
THUSNEL. Sí; inútil todo.
Ni súplicas, ni llantos, ni amenazas,
nada encontré que conmover pudiera
del hijo mio la marmórea calma.
En silencio me escucha, mas no entiende
esos gritos de amor que á la garganta
brotan del corazon, y al cielo suben,
y la sangre en las venas nos inflaman:
De Teutoburgo ignora la victoria;
los triunfos desconoce de su patria:
hasta el nombre de Amin ¡su propio padre!
es eco sordo á su memoria tarda.
Los infames hicieron de Thumélico

una soberbia, majestuosa estátua;
eon su eincel, en la germana carne,
en el hijo de un rey, en la esperanza
de todo un pueblo, los contornos fieros
labraron, como en piedra pompeyana,
del brutal gladiador envilecido,
sin honor, sin virtud y sin entrañas.

GERVINO. ¡De intento fué, que á Roma bien conozco!

THUSNEL. No fué torpeza, no, que fué venganza.
No olvidarán jamás el grito horrible
de Augusto al anunciarle la matanza
de Teutoburgo: «¡Mis legiones, Varo;
vuélveme mis legiones!» Y era vana
la súpliea del César, que por siempre
quedaron en las selvas de Germania.
(Con arranque de desesperacion.)
¡Y hoy pretenden que el hijo de aquel héroe,
que ensangrentó las águilas romanas,
arrojando sus restos destrozados
de la selva entre el polvo y hojarasca;
que Thumélieo, ¡oh dioses infernales!
salga del eirco á la anehurosa plaza,
á entretener los oeios de la plebe
entre esclavos, y fieras, y alimañas.
¡Qué triunfo para Roma y para César,
y qué baldon para mi noble patria!
¡Y por llegar á ver al hijo mio,
quince años há que soy en Roma eselava!

GERVINO. Mereees, por sufrirla, tal afrenta.

THUSNEL. ¡Era madre, ay de mí!

GERVINO. Tambien germana.

THUSNEL. Mira, cuando le ví... yo no sé cómo...
«¡hijo!» grité del fondo de mi alma,
que del héroe del Rhin, mi noble esposo,
en él la imágen eneontré grabada.
Despues habléle y me eseuehó eeñudo.
Le expliqué mis proyeetos de venganza;
hice brillar ante su vista todos
los esplendores de la gloria humana;
le dije que del Rhin hasta el Danubio,
pueblos sin cuento su preseneia aguardan;

le hablé de fuga, de su vuelta á Roma,
de su entrada triunfal y de su marcha
á través del imperio, de los Césares
cubierto con el manto de escarlata.

GERVINO. ¿Y Thumélico entónces?

THUSNEL. Con enojo
gritó que á Roma como á nadie amaba;
que pues su patria le olvidó veinte años,
él se olvidó por siempre de su patria;
que él era gladiador, y que en la arena
el laurel y la gloria le esperaban.
¿Basta para morir, lo que te cuento,
de verguenza y dolor? Pues bien; no basta.
¡En qué abismo le hallé de inmunda orgía!
¡Oh matronas del Rhin! ¡Oh de mi patria
vírgenes de la frente de alabastro
y de rubios cabellos! ¿Quién pensara
que la sangre de Armin, mi propia sangre,
así se corrompieran en la ergástula?

GERVINO. Podrir al mundo ha conseguido Roma;
¿cómo de un niño no pudriera el alma?

THUSNEL. De ese su afan por la sangrienta arena,
quizá no aciertes la primera causa.
(Acercándose á él y hablándole al oido casi y con visible repugnancia.)
De infame meretriz, torpes caricias
con Selx el gladiador comparte.

GERVINO. (Con expresion de disgusto.) Calla.

THUSNEL. Y en el circo ¡por la hembra! como fieras
lucharán á la vista de la esclava. (Pausa.)
Yo he debido morir: bien lo conozco.
Por él la vida amé, y esta es mi falta.
Cuando es fuerza morir, ¡morir se debe!
empeñarse en vivir, al fin se paga.

ESCENA II.

THUSNELDA.—GERVINO.—FLAVIO-ARMINIO.

(Este último por el fondo acompañado de un esclavo que trae en una bandeja un manto de púrpura y una corona de encina.)

FLAVIO. Noble princesa germana...
THUSNEL. ¿Para qué viene el traidor? (Con frio desden.)
FLAVIO. Para aumentar tu dolor,
hermana. (Casi con tristeza.)
THUSNEL. No soy tu hermana.
FLAVIO. Arminio me llamo.
THUSNEL. Y Flavio.

(Con soberano desprecio: Flavio-Arminio hace un movimiento de enojo que al fin reprime.—Pausa.)

FLAVIO. El César á tí me envía. (Nueva pausa.)
¡Mala nueva!
THUSNEL. No vendria
siendo buena por tu labio.
FLAVIO. No eres justa.
(Acercándose á ella y hablando en voz baja.)
Con coraje
y con dolor acepté;
pero Calígula vé
en ese sangriento ultraje
la manera de humillar
á nuestra patria...
THUSNEL. (Volviéndose hácia Gervino y señalándole á Flavio con asombro y disgusto.)
¡Y se atreve
á hablar de patria el aleve!
¿Le oyes?
FLAVIO. (Separándose de ella con enojo.) Déjame acabar.
A Thumélico en la arena
Cayo-César quiere ver,
en prueba de su poder
y de que así nos enfrena.
Y para escarnio mayor,

ante la plebe romana
en traje á usanza germana
se mostrará el gladiador.
Casco con alas de cuervo, (Señalando el trofeo.)
redondo escudo entallado,
de oso en el Norte cazado
esa ancha piel...
(Deteniéndose y con cierta dulzura.)
Si exacerbo
tus penas, perdon te pido.

THUSNEL. Sigue: tu reina te escucha.

FLAVIO. Y porque tenga la lucha
más aliciente, ha querido
Cayo-César que tú asistas
á presenciar... ¡cómo muere
Thumélico! (Deteniéndose con verdadera angustia.)

THUSNEL. Y ¿qué más?

FLAVIO. Quiere
que la púrpura te vistas
de este manto soberano:
(Haciendo avanzar al esclavo y señalando el manto.)
la corona en la cabeza,
que es señal de fortaleza
la encina en suelo germano.
(Tomando ambas cosas del esclavo, que retrocede algunos pasos.)
Manto y corona. Los dejo
en tu poder.
(Se acerca á Gervino y pretende entregarle dichos objetos: Gervino los rechaza. Entónces los deja sobre el banco de la izquierda. Thusnelda fija su vista en la corona.)

THUSNEL. ¿Ya manchó
las hojas en sangre?
(Señalando á la corona de encina, que descansa sobre el manto y se tiñe de su color y dirigiéndose á Flavio, á quien por un ademan dá á entender que se refiere á Calígula.)

FLAVIO. No:
de la púrpura es reflejo. (Pequeña pausa.)
El César vendrá á buscaros
en persona, que olfatea

vuestra sangre que ya humea.
Es su manera de honraros.
Vé en vosotros la Germania;
sois presa de gran valer,
y no os quisiera perder
por treinta tigres de Hircania.

GERVINO. Basta; no la martirices. (A Flavio.)

THUSNEL. Pues me trajiste el agravio,
lo devuelvo por tu labio.
A tu emperador le dices,
que ni el hijo ni la madre
á su circo saldrán hoy.
Yo, Thusnelda, por quien soy,
y él ¡por hijo de aquel padre!
Y agregas á tus señores,
que los odio por romanos,
que desprecio á los tiranos,
y más aún á los traidores.

(Flavio hace un movimiento de ira, pero se contiene, saluda y se prepara á salir, haciendo señal al esclavo de que le preceda.)

ESCENA III.

THUSNELDA.—GERVINO.—FLAVIO-ARMINIO.—GLABRION.

(Al salir Flavio-Arminio, entra Glabrion y se detienen ambos. Thusnelda y Gervino á la izquierda. Flavio y Glabrion en el centro.)

FLAVIO. Tus gladiadores prepara,
y cuenta con que Thumélico
luche bien, que Cayo-César
¡quiere gozar! y sabemos
lo que vale esa palabra
en sus labios.

GLABRION. Si no llego
á hartarle de sangre, juro
por los dioses del Averno,
yo, Glabrion, de gladiadores

en Ravena gran maestro,
que en vez de volverme allá,
de ese capitel me cuelgo.
Vine á Roma con mi gente
por dar á todos ejemplo
de lo que es posible hacer
en el arte que profeso:
ó torno, Flavio, triunfante,
ó en Roma dejo los huesos.

FLAVIO. Los que la fiesta ordenamos
somos tú y yo. Cancervero
eres de los gladiadores;
yo Edil... y además... y es esto
lo que me hiela la sangre,
¡soy germano! y de Thumélico
pariente. No hay más, Glabrion:
los responsables seremos
de cuanto ocurra.

GLABRION. No temas;
quedará el César contento.

FLAVIO. ¿Quién luchará con Ilmiar?
(Movimiento de extrañeza de Glabrion.)
Quiero decir, con Thumélico,
que este es su nombre romano,
y aquél, nombre de su abuelo.

GLABRION. Diodoro de Siracusa.

FLAVIO. ¡Por Hércules, su modelo,
que eso es decretar la muerte
del Germano!

GLABRION. Yo lo siento;
mas Calígula lo manda.

GERVINO. (A Thusnelda.) ¿Los oyes? Ni áun ese medio
de salvar su infame vida
te queda.

THUSNEL. Sí: ya lo veo.

GERVINO. Si honra y vida ha de perder,
su honra salva por lo ménos.

THUSNEL. Sígueme. (Pensativa y siniestra.)
Voy esas galas
á vestir, que el sacro fuego
de la inspiracion exige

cubrir el humano cuerpo
con sagradas vestiduras
aceptas al alto cielo.
He de ser sacerdotisa,
y reina, y mostrarme quiero
á ese César y á esa plebe,
la Thusnelda de otros tiempos.
(Salen Thusnelda y Gervino por la izquierda.)

GLABRION. Que Júpiter te proteja.
FLAVIO. Que el César quede contento.

ESCENA IV.

GLABRION.—Despues un esclavo.

GLABRION. ¿Dónde está mi Gladiador?
¡Hola! (Llamando.) ¿Dónde está Thumélico?
que la hora del Circo llega
á todo el andar del tiempo.

ESCLAVO. (Saliendo por la derecha.)
Preparándole al combate
estábamos.

GLABRION. Verle quiero.

ESCLAVO. Tomó un baño, reposó;
con aceite tibio el cuerpo
le frotamos; olorosas
esencias lleva el cabello,
y está el mozo tan gallardo,
que nos causó pena verlo:
¡y pensar que en breves horas,
como titan del infierno,
Diodoro de Siracusa
trocará en lodo sangriento
esa escultura de carne,
asombro del arte griego!

GLABRION. Ya llega: vete.

ESCLAVO. Por Júpiter
que al mismo Apolo estoy viendo.
(Sale el esclavo y entra Thumélico.)

ESCENA V.

THUMÉLICO.—GLABRION.

(Aquél por la derecha; las piernas desnudas; desnudos los brazos hasta el hombro. Túnica corta: una enorme espada germana al costado.)

GLABRION. ¿Qué tal ánimo?
THUMÉLI. De sobra.
GLABRION. ¿Temes la lucha?
THUMÉLI. La espero.
GLABRION. ¿Con impaciencia?
THUMÉLI. Con ánsia;
que ya me abrasa el deseo
de ser de los gladiadores
que Roma admira, el primero.
¡Y lo seré! ¿No es verdad?
Yo de noble raza vengo,
segun afirma Thusnelda;
aunque yo nada sé de esto. (Con indiferencia.)
Otras cosas me preocupan.
Mira, Glabrion, te prevengo
que lucho con Selx.
GLABRION. Pues no.
THUMÉLI. Irá á verme todo el pueblo.
(Como preguntando con deseo.)
GLABRION. Y Calígula tambien.
THUMÉLI. ¡Tambien el César!
GLABRION. Su anhelo
es verte sobre la arena.
THUMÉLI. En la arena verme quiero.
GLABRION. Vendrá á buscarte en persona,
y eres el único ejemplo.
THUMÉLI. ¡El César á mí! ¡Qué honor!
¿Qué dirá mi madre de esto?
GLABRION. Vestirás á lo Germano.
THUMÉLI. ¿Con que á lo Germano? Bueno.
(Le obliga á acercarse al trofeo, y le va mostrando cada una de sus partes.)

GLABRION. Observa la piel.
THUMÉLI. ¡Qué hermosa!
GLABRION. De oso del Norte y ya viejo:
pendiente irá de tus hombros.
THUMÉLI. De oso del Norte; me alegro.
Vestido de oso daré
muerte á Selx, cobarde y necio,
que rey de osos me llamaba
por mofarse de aquel reino
que mi padre gobernó,
y por mostrarme grotesco
á Licisca. ¡Guarda el oso,
montaña de carne y sebo!
GLABRION. Mira qué escudo.
THUMÉLI. ¡Muy fuerte!
(Golpeando en él con el puño.)
GLABRION. Y el casco, ¿qué tal?
THUMÉLI. Soberbio.
GLABRION. Con alas á los costados.
THUMÉLI. De águila son.
GLABRION. No: de cuervo.
THUMÉLI. Pues mi madre me asegura
que sobre el germano pueblo,
sobre sus caudales rios
y sus bosques gigantescos,
no ruines buitres se agitan;
águilas tienden su vuelo.
Mas ¿qué importa? me es igual.
Si en mi frente el casco llevo,
de águila serán las alas
aunque parezcan de cuervo.
(Pequeña pausa.)
Pues ahora me toca á mí:
observa, Glabrion, mi acero.
(Golpeando en la espada que pende de su costado.)
GLABRION. ¿Eso? Imposible.
THUMÉLI. ¿Por qué? (Contrariado y fosco.)
Fué de mi padre.
GLABRION. Lo creo.
Como maza, pasar puede;

por lo demás, es grotesco.

THUMÉLI. Sin embargo...

GLABRION. Basta ya. (En tono de amenaza.)
Aqueste romano hierro
has de empuñar.

THUMÉLI. Como quieras.
(Pausa.—Le mira de reojo.)
Y díme, Glabrion, si venzo,
¿verdad que no más lecciones?
¿y que el látigo en mi cuerpo
no enroscará sus anillos
como serpiente de fuego?

GLABRION. No más látigo. El aplauso
de todos, en el sangriento
espacio del ancho Circo;
sobre tu frente el reflejo
del sol, que allá del velarium
la ancha sombra no tenemos;
laurel manchado de sangre
sobre tu hermoso cabello,
y en vez de pisar arena,
polvo de oro y minio: un suelo
en que el César derritió
los tesoros de cien reinos.
Y despues, para reposo,
de la noche en el misterio,
su amor hermosas matronas
de blanco y turgente seno.
El hidromiel en las ánforas
rebosando por el cuello,
y en las copas el de Chipre
y el espumante Falerno.

THUMÉLI. (Que le ha oido extasiado y con asombro, en que hay algo de infantil.)
Sigue, sigue: ¡qué placer!
¡Qué dicha! ¡Que venga luégo
Thusnelda á decirme cosas!...
Cosas que yo no comprendo.
(Con cierto tono de tristeza.)
¡César es Dios! ¡Y el placer
la vida! Yo en esto creo.

Y dicen que un gladiador
llegó al fin á caballero. (Como preguntando.)

GLABRION. Mucho que sí.

THUMÉLI. Y otro dicen
que fué tribuno del pueblo.

GLABRION. ¡Quién lo duda!

THUMÉLI. ¡Si lo digo!
mi madre no entiende de esto.

GLABRION. Pero mira, nadie puede
jurar que un golpe certero
no ha de recibir; y entónces,
si herido sientes tu pecho
de muerte, recuerda bien
mis lecciones.

THUMÉLI. Bien me acuerdo.
Hinco la izquierda rodilla:
la mano apoyo en el suelo:

(Indicando la mano izquierda tambien.)

tiendo la pierna derecha
con vigor: doblo mi cuerpo
hácia atrás, y al vencedor
presento desnudo el pecho.

GLABRION. Muy bien. Y el rostro... cuidado
que en él no aparezca el miedo.

THUMÉLI. ¡Cómo aparecer pudiera
aquí, (Llevando la mano al rostro.)
lo que aquí no tengo! (Golpeando el pecho.)

GLABRION. Piensa que si al vencedor
se aplaude, á un hermoso cuerpo
que aunque sangre brota y muere,
parece de mármol griego,
el pueblo romano ¡Vítor!
ruge con gritos frenéticos.

THUMÉLI. Ya lo sé; pero es inútil;
que venceré.

GLABRION. Así lo espero.
Ahora reposa, es preciso.
Hice poner ese lecho
para tí, que en este pórtico
se siente agradable fresco

y debilita el calor.
¿Vas á dormir?

THUMÉLI. Por supuesto.

GLABRION. El descanso es necesario.

THUMÉLI. ¿Licisca irá á verme?

GLABRION. Cierto.
¿Cómo no, si te enamora
la bella esclava?

THUMÉLI. Me alegro.

GLABRION. Adios, y rocen tu frente
las alas de alegre sueño.
(Glabrion sale por la derecha. Thumélico se sienta en el lecho y queda pensativo.)

ESCENA VI.

THUMÉLICO,—THUSNELDA.—GERVINO.

(Los dos últimos por la izquierda: Thusnelda lleva el manto de púrpura y la corona de encina. Thumélico no les vé todavía.)

GERVINO. Mírale: va sin dolor
(Mostrando á Thusnelda Thumélico.)
al infame sacrificio.
Bien ha aprendido su oficio
el germano gladiador.
¿Y tú lo has de consentir?

THUSNEL. Basta, Gervino, no más.

GERVINO. ¿Al Circo saldrá?

THUSNEL. Jamás.
Antes mil veces morir.
Déjame.

GERVINO. Pues volveré.
(Sale Gervino por donde entró.)

ESCENA VII.

THUSNELDA.—THUMÉLICO.

THUMÉLI. (Reparando en su madre, pero continuando sentado en el lecho.)
¿Otra vez? ¡Rara porfía!
¿A qué vienes, madre mia?
THUSNEL. A verte. (Con ánsia.)
THUMÉLI. ¿A mí? ¿Para qué? (Friamente.)
THUSNEL. Tú me aborreces. (Con profunda tristeza.)
THUMÉLI. No, madre;
(Con una mezcla extraña de rudeza, de cariño y de pena, y levantándose.)
mas nos arrastra el destino
por diferente camino,
y por más que no te cuadre,
pienso que mi marcha es buena:
tú sueñas una venganza
á que mi mente no alcanza;
yo del Circo con la arena.
Allá en tu selva germana
nos cazaron, ó cogieron;
despues aquí me trajeron,
y hanme criado á la romana.
Y á Roma por nada doy,
aunque sienta verte triste:
no puedo ser lo que fuiste;
déjame ser lo que soy.
THUSNEL. Y ¿habla así quien es germano,
quien vida tomó en mi seno?
¡bien en su sangre el veneno
filtrar consiguió el romano!
¡Gloria al César y á la plebe!
¡premio consiguió su afan!
¡Tú á la arena!
THUMÉLI. Muchos van.
THUSNEL. ¡Y quieren que yo te lleve!

THUMÉLI. ¿Por qué no?
THUSNEL. ¡Me das horror!
THUMÉLI. ¡Irá el César!
THUSNEL. ¡Pueblo impío!
¿qué has hecho del hijo mio?
THUMÉLI. Ya lo ves: un gladiador.
(Pausa.—Thusnelda hace un movimiento de desesperacion: él procura calmarla á su manera.)
Y ya verás cómo lucho:
he de ser, madre, el primero,
¡ó en la roja arena muero!
THUSNEL. (Tendiéndole los brazos con un arranque de pasion.)
¡Morir no, que te amo mucho!
(Se abrazan los dos con verdadero amor.)
THUMÉLI. Yo tambien... y me da pena
si ántes te hablé con calor.
Pero siento ya el hervor
que dá á la sangre la arena.
THUSNEL. ¡Tú morir!
THUMÉLI. ¡Bah, no te espantes!
¡Yo soy feliz! Ya lo ves.
THUSNEL. No; para morir despues,
(Aparte. Con voz sombría.)
más valiera morir ántes.
Tampoco: no, no es posible.
¿Qué hacer? Probaré de nuevo.
THUMÉLI. (Que miéntras Thusnelda ha pronunciado los últimos versos, ha estado sonriendo y como hablando consigo mismo y siguiendo un pensamiento.)
¿Si soy feliz?... Yo me bebo
de Chipre... ¡bah! ¡lo increible!
THUSNEL. (Aun tengo tiempo. En el rio
mis hombres. Basta querer.)
(Thumélico rie con risa grosera, como recreándose en sus pensamientos.)
¡Arranca tu noble ser
(En voz alta y con violencia.)
de ese lodazal, impío!
Eres el hijo de Armin;
llevas pendiente su acero,
y te aguarda un pueblo entero

desde el Danubio hasta el Rhin.
THUMÉLI. Licisca se hace crüel;
me espera Selx arrogante,
y he de matar al gigante
y de ceñir el laurel.
THUSNEL. ¡Sígueme: caballos toma:
sé rey cuando á Roma vuelvas!
THUMÉLI. ¡Si mucho más que en tus selvas
soy libre y soy rey en Roma!
THUSNEL. ¡No salgas al Circo! (Con desesperada súplica.)
THUMÉLI. Madre,
¡por Júpiter! que deliras,
y que de nuevo mis iras
enciendes.
THUSNEL. ¡No! ¡por tu padre!
THUMÉLI. No le conocí, ni tengo
más padre que el César.
THUSNEL. ¡Calla!
que mi corazon estalla.
THUMÉLI. Es, madre, que te prevengo
que tienes que respetarle. (Con dureza.)
THUSNEL. ¿A Calígula?
THUMÉLI. Cabal.
THUSNEL. ¡Ay, si en su vientre el puñal
yo pudiera sepultarle!
THUMÉLI. ¡Qué dices! ¡Mujer insana!
¡A César Dios! ¡Y mi mano!...

(Pausa.—Con señales de horror, de espanto y de amenaza, coge á su madre por un brazo; pero ésta le mira con tal energía, que la suelta y retrocede.)

THUSNEL. Tú hablas como vil romano;
yo como libre germana.
THUMÉLI. Al escucharte me aflijo. (Con humildad y pena.)
César para mí es un padre.
THUSNEL. (Marchando hácia él, cogiéndole á su vez por un brazo y mirándole con fiereza.)
¿Y si se venga tu madre
de un tal padre en un tal hijo?
THUMÉLI. ¡Cómo me miras! ¡Por Baco,
que tal furor en los ojos,
y tan terribles enojos,

sólo en el ambiente opaco
de la ergástula ví yo,
y en mis canes, si algun hueso
el negro esclavo Breteso
de sus dientes arrancó!

THUSNEL. (Suelta á su hijo y queda contemplándole con horrible desesperacion.—Pausa.)

¡En esto el nieto de Ilmiar,
en esto el hijo de Armin,
de aquel gigante del Rhin,
en Roma vino á parar!
¡Y eres de germana tierra!
¡Y en mi seno te llevé!
¡Y yo misma te rasgué,
cuando en mi carro de guerra
naciste, los labios rojos
con este agudo puñal,
sin compasion maternal,
porque los acres despojos
de tu sangre, y su sabor,
ántes tus labios sintiesen,
que ansiosos se humedeciesen
de mi leche en el dulzor!
¡Y tú al Circo anhelas ir,
con tu sangre y con tu vida,
á esa plebe envilecida,
tú, germano, á divertir!
¡Y tambien me han de llevar,
por escarnio y por tormento,
yo, que á un pueblo represento,
tu vergüenza á contemplar!
Y viendo mi faz llorosa,
y viendo tu torpe mengua,
dirán, si no con la lengua,
con su alegría rabiosa,
y señalando á tu madre
plebe, vestales y damas,
y Calígula, á quien llamas
para escarnecerme ¡padre!:
«Tú, de las selvas sagradas;
»tú, de los bosques sombríos;

» tú, de los inmensos rios
» estirpe de genios y hadas,
» la de la encina y verbena,
» mira al hijo de tu amor
» convertido en gladiador,
» revolcándose en la arena.
» ¡ Mira bien ! ¡ tu faz no veles !
» ¡tu hijo nos hace gozar!
» ¡ tu hijo nos hace gritar
» áun más que nuestros lebreles
» al morder en roja charca
» rotos miembros de cristiano:
» ¡ Ese es tu pueblo germano !
» ¡ Ese el hijo de un monarca !»

THUMÉLI. ¡ Cuántas cosas dices ! Yo,
que te cuadre ó no te cuadre,
no puedo entenderte, madre.

(Haciendo esfuerzos por penetrar el sentido de lo que dice su madre, pero sin conseguirlo.)

THUSNEL. ¿ Con que no me entiendes ?

THUMÉLI. No.
Es decir, yo he comprendido
que alguno puede ofenderte;
pero á ese le doy yo muerte,
y es asunto concluido.
¿ Son muchos ? ¿ Son todos ? Bien;
pues te vengo ó muero: sí; (Con energía.)
mas si me aplauden á mí,
apláudeme tú tambien.

(Thusnelda da muestras de desesperacion: su hijo la mira con asombro, se aparta de ella, y va á sentarse en su lecho,)

¡ Nada á tu furor es valla !
Hago cuanto puedo: escucho.

THUSNEL. ¿ No lucharás ?

THUMÉLI. Madre, lucho:
el César va á verme.

THUSNEL. ¡ Calla ! (Pausa.
Ese César que adoras, hijo mio,
es el azote del romano imperio;
es un demente que gobierna al mundo,

siempre agitado por horribles sueños.
Miéntras alumbra el sol la azul esfera,
le escancian vino hervido con enebro;
que la fiebre que abrasa sus entrañas,
cuando se harta de sangre, pide fuego.
La noche al asomar, cruza los pórticos,
á la orilla del mar llega frenético,
callar le manda, y como no obedece,
clava en las olas su puñal colérico.
Retira el hierro: juzga que el mar todo
es de sangre, y se marcha satisfecho;
aunque le asombra que el murmullo siga
del desangrado mar, despues de muerto.
Busca la calma sin poder hallarla,
gime sobre la púrpura del lecho,
y al ver la blanca luna en el espacio,
de la abierta ventana por el hueco,
la llama enamorado porque pose
en la almohada imperial su disco lleno,
cual se reclina en las tranquilas aguas
y en las azules olas del Tirreno.
La fiebre crece con la nueva aurora,
y á sus fieras arroja de alimento
algun esclavo que al pasar le mira,
ó algun inútil gladiador enfermo.
Mata al hijo ante el padre, que en el teatro
le irrita no encontrar los verdaderos
arranques del dolor, y de este modo
del humano dolor roba el secreto.
Pasa el histrion á la grosera farsa,
de tragedias cansado; el toldo inmenso,
el velarium suprime, porque vierta
su lumbre el sol sobre el romano pueblo;
y al ver cómo vocea y se achicharra,
rompe de risa en gritos epilépticos.
Por los mares de Italia pasear quiere,
jinete audaz en su caballo negro,
porque áun las olas de la mar bravía
sufran de la herradura el golpe terco;
y en larga fila, naves y galeras,
flotante puente de sumisos leños,

brindan al insensato, que se lanza
á galope tendido, con su peso
abrumando á las olas, espumantes
de vergüenza, de horror y de desprecio.
En Senador convierte á su caballo
de la victoria sobre el mar en premio,
y él se proclama Dios, y Dios le aclaman,
¡y le sufren los Dioses verdaderos!
¡Y por ese insensato envuelto en púrpura,
y por ese asesino, loco y ébrio,
por Calígula, en fin, ¿qué más llamarle?
tu noble sangre verterás contento!
¡Sólo al pensarlo yo tambien deliro!
¡Sólo al pensarlo!...

(Con horrible desesperacion.)

THUMÉLI. ¡Madre!

THUSNEL. ¡Te aborrezco!

(Thumélico oye toda esta relacion sentado en el lecho, mostrándose fatigado y soñoliento. Su madre se aproxima á él, y habla con pasion.)

THUMÉLI. Luego confiesas conmigo
de Calígula el poder.
Es así. ¿Cómo ha de ser?

THUSNEL. Confieso; pero maldigo.

THUMÉLI. Basta: no te quiero oir.
Mejor hicieras que hablar,
entonarme algun cantar
para ayudarme á dormir,
cual si fuese un niño yo.

(Se tiende en el lecho, y desde este momento poco á poco va durmiéndose.)

THUSNEL. (Con arranque de alegría y de esperanza.)
¿Te acuerdas de tu niñez?

THUMÉLI. (Llevando la mano á la frente.)
Aquí siento pesadez.
No me acuerdo, madre, no.

(Despues de hacer un esfuerzo como para recordar. Thusnelda deja caer los brazos con desaliento.)

THUSNEL. ¡Thumélico!

THUMÉLI. Calla.

THUSNEL. ¡Impío!

THUMÉLI. (Ya casi entre sueños repite lo que más le ha preocupado ántes de dormir, con la vaguedad y la incoherencia que son naturales.)

El César... la plebe toda...
la plebe... que va beoda... (Riendo.)
los augures...

THUSNEL. ¡Hijo mio!

THUMÉLI. (Incorporándose colérico.)

¡Por tus dioses infernales
ó por mis dioses romanos,
que te calles!

(La rechaza brutalmente y va á caer de rodillas al pié del lecho, ocultando el rostro entre las manos. Thumélico vuelve á tenderse y de nuevo se duerme poco á poco.)

Los ancianos...
los patricios... las vestales...

(Thusnelda solloza. Thumélico, con voz apagada y casi dormido, le impone silencio.)

Silencio...

(Abre los ojos un instante, los cierra y vuelve la cabeza.)

No quiero verte...
Calígula... el César Dios...
Él... y Thumélico... dos.
¡Licisca, tu amor! (Sonriendo.)
Selx, ¡muerte! (Con horrible contraccion.)
(Se duerme por completo.)

ESCENA VIII.

THUSNELDA.—THUMÉLICO dormido.

THUSNEL. (Se levanta, se acerca á él, luégo se aleja. Todos estos movimientos quedan á merced de la actriz.)

No es el hijo de Armin, no es el germano
que nueve meses se agitó en mi seno:
la Roma corrompida de los Césares
cual blanco mármol modeló su cuerpo;
pero oprimo ese mármol en mis brazos,

¡y nunca un alma en su interior encuentro!

(Con desesperacion.)

¡No es el hijo de Armin, no es hijo mio,
ese que duerme gladiador grosero!
De la ergástula vil y sus esclavos;
del látigo que cruje sobre el pecho,
ó los riñones ciñe, ó en la espalda
deja una y otra vez surco sangriento;
del lodazal en que sus anchas orlas
sumerge el rojo manto del imperio,
huyó á las selvas de la Gran Germania
el espíritu airado de Thumélico,
dejando á Roma cual despojo frio
ese de Gladiador hermoso cuerpo.
¡Y hoy quieren profanarlo!

(Con desesperacion trágica.)

¡Selva umbrosa
de Teutoburgo, en cuyo rojo suelo
de tres legiones de romana gente
pudren los rotos descarnados huesos;
revueltas aguas del sagrado Lippa,
de caballos sepulcro y caballeros;
añosa encina, á cuyo pié de Varo
devoraron las carnes nuestros cuervos,
miéntras en tierra la impotente garra
sus águilas clavaban con despecho!
¡Por vosotras lo juro! ¡Los del Lacio
no verán en el Circo á mi Thumélico;
que al buscarle Calígula en su saña,
no envilecido,— encontraréle muerto!

(Desnuda en un arranque de desesperacion el puñal y se precipita sobre su hijo.)

¡Por la patria, por tí!

(Levanta el puñal para herirle, pero cae su brazo sin fuerza.)

¡No! ¡Cuán hermoso,
en su tranquilo majestuoso sueño!
¡Ah, selvas de mi patria, qué memorias
de aquellos dulces, ya lejanos tiempos!

(Pausa.—Queda por algunos instantes abismada en la contemplacion de lo pasado.)

De la encina á la sombra veneranda
sentada yo... y el Rhin allá á lo léjos:
tú jugueteando en mis amantes brazos,
y en mi desnudo, reposado seno,
libando el dulce néctar de la vida
con tus labios tremantes y bermejos.
Las sombras proyectaba de las hojas
el rojo sol desde el azul del cielo
entre óvalos de luz, que vacilaban,
sobre el óvalo blanco de mi pecho,
y pugnaba tu mano pequeñuela
las sombras por asir y los reflejos.
Despues tus ojos se cerraban dulces,
y yo velaba tu tranquilo sueño.
Ahora tambien velando estoy, bien mio,
mas oprimo un puñal miéntras te velo.
¡Quince años separados, y al hallarte...
yo misma!... ¡Patria, no, patria, no puedo!
¡Perdon, Germania, tienes muchos hijos!
¡Patria, perdon, que sólo un hijo tengo!

(Retorciéndose los brazos con desesperacion y llorando. Pausa.)

¡Oh dioses infernales, si es forzoso
que por Germania muera, yo os lo cedo!
¡De muerte heridle; pero no imposibles
pidais á quien le dió vida en su seno!
¡Emponzoñad la atmósfera que aspira;
de Marco Antonio el pórtico soberbio
en ruinas convertid; teneis el rayo,
teneis el huracan, teneis el fuego;
pero nunca tendreis la mano mia,
si no la arrancais ántes de mi cuerpo!
¡Que es el hijo del alma, y yo le adoro!
¡Que con mi sangre le presté mi aliento!

ESCENA IX.

THUSNELDA.—THUMÉLICO.—GERVINO.

(Thumélico duerme: se oye un rumor lejano que cada vez viene más cerca. Thusnelda llora junto al lecho de su hijo. Gervino entra por el foro poseido de profunda agitacion.)

GERVINO. ¡Ya Cayo-César se acerca!
¡Patricios y Senadores
le acompañan! ¡Ya no llores;
resuelve!

THUSNEL. ¡Muerte, qué terca!

GERVINO. ¡Al circo vuela la plebe,
y el patricio, y la vestal!
¡Se acerca la hora fatal!
¡Thusnelda!

THUSNEL. ¡Destino aleve!

GERVINO. Al entrar hallé á Diodoro;
no hay duda, le matará,
¡y en el circo morirá!
¡Y tú lloras! (Con desprecio.).

THUSNEL. Si no lloro. (Limpiándose los ojos.)

GERVINO. (Acercándose á ella, hablándola en voz baja, pero con energía, y señalando alguna vez el cuerpo de Thumélico.)

Sacerdotisa germana,
que al resplandor de la luna
y al borde de la laguna
derramaste sangre humana
en la selva silenciosa,
sobre el ya rojizo lodo,
para aplacar de este modo
los furores de la Diosa,
¿á qué fin ciñes la encina
á la envejecida frente,
si tu corazon no siente
aquella fiebre divina

que en noches de sacrificio
en furia te transformaba,
y de esta suerte espantaba
la peste y el maleficio?
¡Sacerdotisa, despierta!

THUSNEL. (Comenzando á delirar y poseida del sagrado furor.)
¡La fiebre! ¡La siento al fin!

GERVINO. Si eres la viuda de Armin,
¿por qué está tu mano yerta?
(Le coge la mano: al dejarla, cae sin fuerza, aunque apretando el puñal.)

THUSNEL. ¡Calla, que en mis venas arde
aquel fuego!... ¡Soy germana!

GERVINO. ¡Al Circo, al Circo, romana! (Con desprecio.)

THUSNEL. ¡No iré!

GERVINO. ¡Sí, que eres cobarde!

THUSNEL. (Blandiendo el puñal con furor y avanzando sobre Gervino.)
¡Vete, ó mueres á mis manos!

GERVINO. ¡Al fin esgrimes el hierro! (Con alegría.)

THUSNEL. ¡Vete, ó mueres como un perro! (Como ántes.)

MUCHAS VOCES. (Desde fuera, detrás de la cortina del fondo: se oye una música.)
¡Paso, abrid!

OTRAS VOCES. ¡Los pretorianos!
(Gervino coge á Thusnelda por un brazo y la lleva al fondo para oir; despues la trae al centro, la señala con ademan enérgico á Thumélico, que duerme. Esta escena, puramente mímica, queda encomendada á los actores.)

NUEVAS VOCES. ¡Cayo-César!

OTRAS. (Siempre desde fuera.) ¡Despejad!

GRITERÍO INMENSO. ¡El germano gladiador!

THUSNEL. (En el límite del delirio, con pié vacilante, con actitudes trágicas, seguida de Gervino y en la forma que su talento inspire á la actriz, viene sobre Thumélico y levanta el puñal para herirle: siempre la música, pero sin ahogar la voz de la actriz.)
¡¡Hijo... muere... por mi amor!!
¡¡Esclavo, tu libertad!!
(Le hiere y cae de rodillas al pié del lecho, ocultando la cabeza con el manto.)

THUMÉLI. ¡A mí!... ¡Socorro!... ¡Selx!... ¡Madre!...
(Se agita convulsivamente en su lecho, y muere.)

GERVINO. ¡ Calígula, ya perdiste
tu presa !
(Se acerca á Thusnelda, le besa la orla del manto sin que ella haga ningun movimiento.)
¡ Por fin venciste !
(Dirigiéndose al cadáver y señalando al cielo.)
¡ Ilmiar, te espera tu padre !
(Sale por la derecha: cesa la música.)

ESCENA X.

THUMÉLICO muerto sobre el lecho.—THUSNELDA siempre en la misma actitud.—GLABRION por el fondo, muy aprisa y armado con un látigo.)

GLABRION. ¡ Vamos !... ¡ Despierta !... ¡ Ya llega
Cayo-César !
(Golpeando el cadáver con el látigo.)
¡ Gladiador !
¿ Que es esto ? (Olfateando.)
¡ De sangre hedor !
(Tocando el cadáver con angustia creciente.)
¡ Mi mano en sangre se anega !
¡ Imposible !... ¡ No !... ¡ Veamos !
(Inclinándose ó arrodillándose y reconociendo el cuerpo de Thumélico,)
¡Hijo de Armin! ¡Yerto! ¡yerto!
¡Socorro!... ¡Socorro!... ¡Muerto!
¡Y el César espera!
(Dice esto en el límite del terror, y se precipita hácia fuera.)
¡Huyamos!

ESCENA XI.

THUMÉLICO.—THUSNELDA como ántes.—GLABRION.—FLAVIO ARMINIO.

(Este último sale por el fondo y detiene á Glabrion, que quiere salir por la derecha, cogiéndole por un brazo.)

FLAVIO. ¿A dónde vas?
GLABRION. ¡Mira, allí!
(Señalando el cadáver de Thumélico.)
¡Le asesinaron!
(Se arranca violentamente de las manos de Flavio-Arminio, y huye.)
FLAVIO. (Mirando con horror á Thumélico.) ¡Y espera
Cayo-César! ¡La pantera
sin su racion!... ¡Ay de mí!
(Huye tambien por la izquierda.)
UNA VOZ. (Desde fuera.) ¡Glabrion... Flavio!
LA VOZ DE CALÍGULA. ¿Por qué tardan?
MUCHAS VOCES. ¡Cayo-César!

ESCENA XII.

THUMÉLICO.—THUSNELDA.—CALÍGULA, y acompañamiento

(Se descorre la cortina del fondo y aparece Calígula vestido de blanco, con manto imperial y una corona de rosas en la cabeza; le rodean senadores, patricios, caballeros y pretorianos: la plebe en el fondo de los jardines de Marco Antonio. Thusnelda siempre en la nueva actitud.

CALÍGULA. ¿A qué aguardan?
LA PLEBE. ¡El germano gladiador!
(Al oir las palabras del César, algunos de su acompañamiento se precipitan servilmente á despertar á Thumélico.)
UN SENADOR. ¡Muerto!
(Los que han ido á despertarle retroceden con espanto.)

CALÍGULA. (Avanzando.) ¿Thumélico?
OTRO SENADOR. ¡Sí!
CALÍGULA. (Con algo de idiotismo y revolviéndose como una fiera: todos retroceden ante él, y el círculo se ensancha.)

¿Y á la arena no vendrá?
Yo en el Circo; ¡y estará
seca de su sangre!...

(Coge por un brazo al patricio que encuentra más próximo, el cual muestra gran espanto.)

Dí,
¿dónde está Glabrion?
EL PATRICIO. Huyó.
CALÍGULA. ¿Y Flavio-Arminio?
EL PATRICIO. Tambien.
CALÍGULA. ¡Alguien necesito!

(Mirando á su alrededor: el círculo se ensancha.)

¿Quién
dió al germano muerte?
THUSNEL. (Al entrar el César y oir su voz, sin cambiar de postura, volvió, sin embargo, la cabeza y ya no le perdió de vista.)

Yo.

(Se levanta con el puñal en la mano y avanza hácia el centro: Calígula instintivamente retrocede á la izquierda.)

MUCHAS VOCES. ¡Thusnelda!
UN SENADOR. (Dirigiéndose al César y señalando á Thusnelda.)
¡Viuda de Armin!
OTRO. (Como el anterior.) ¡Sacerdotisa germana!
UN PATRICIO. (Al César.) Ella tus fiestas profana.

(Todos con sus ademanes apoyan á los que han hablado; todos quieren que Calígula se fije en Thusnelda para que sobre ella descargue sus iras.)

CALÍGULA. ¡Ya tengo víctima! ¡Al fin!

(Todos se acercan y le rodean: ya pasó el terror.)

¡A la arena! ¡Mi sangre arde!
¡A la arena sin piedad!

(Todos se precipitan sobre Thusnelda.)

THUSNEL. ¡Tengo aquí mi libertad!

(Blandiendo el puñal con que hirió á su hijo, y que ha-

brá conservado en sus manos. Despues se hiere, y cae ántes de que lleguen á ella. Queda respaldada en el trofeo.)

CALÍGULA. ¡Thusnelda!

THUSNEL. (Al César en tono de triunfo supremo.)

Llegaron tarde.

(Los personajes quedan en el órden siguiente: Thumélico muerto sobre el lecho; Thusnelda, apoyándose contra el trofeo; Calígula, senadores, patricios y pretorianos á la izquierda y hácia el fondo, llenando todo el fondo la plebe.—Thusnelda se incorpora con algun trabajo, y en todo esto que sigue se dirige al César.—El manto de púrpura debe quedar al caer ella en tierra por delante de su cuerpo y tendido en direccion al César, para el efecto que luégo se indica.)

Del hijo mio en la sangrienta herida
de este hierro fatal manché la hoja,
y al verla por su sangre enrojecida,
mezclarla quise con mi sangre roja.
Unidas estuvieron cuando al mundo
llegó impulsado por contraria suerte:

(Señalando á su hijo.)

y unidas estarán en el profundo,
horrendo abismo de la eterna muerte.

(Mostrando el puñal. Coloca la corona en la cabeza de su hijo y lo besa.)

¡La muerte! que al fin llega, Roma impía.
Hoy yo; mañana tú, torpe bacante.
¡Vendrá, romanos, el tremendo dia
de negras ruinas y de sangre humeante!
Pausa. (Cae.) En tierra estoy; al suelo ya mi oido
aplico con sublime inspiracion.

(Tendiéndose en tierra y aplicando el oido.)

¡Escuchad... escuchad... lejano ruido
de gentes que se acercan en monton!

(Pausa.)

Hombres horribles vestidos con las pieles,
ya de osos, ya de tigres, ya de lobos,
revolviendo sus rápidos corceles
y de sus ojos los sangrientos globos.
Comiendo carne cruda entre las manos,
bebiendo de sus potros el orin...

¡Sobre Roma venid... venid, hermanos!
¡Desde el helado Norte al ancho Rhin!

(Golpea con el pomo del puñal en tierra, y al llamar á sus hermanos, se inclina al suelo como si allí los viese. Despues levanta la cabeza y se dirige á Calígula.)

Mira mi manto que parece rio
de roja sangre que á tu encuentro avanza;
de mí ¡que soy Germania! brota, impío,
y en sus olas te mando mi venganza.

(Agitando el manto de manera que tome cierta ondulacion.)

¡Despierta y tiembla, que hácia el Norte asoma
algo que causa horror y viene aprisa!

(Levantándose con esfuerzo supremo.)

¡Despierta y tiembla, te lo anuncia, oh Roma,
de las selvas del Rhin la profetisa!

(Cae desplomada. Todos muestran supersticioso terror.)

FIN DE LA TRAGEDIA.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al Editor, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.

IMPRENTA DE T. FORTANET.

